



VISITA AL PARAÍSO: CIENCIA Y MITO EN LAS CRÓNICAS DE VIAJEROS ESPAÑOLES A AMÉRICA EN EL SIGLO XIX

por Lily Litvak

El siglo XVIII había sido la época de las grandes expediciones botánicas españolas al Nuevo Mundo. Felipe V subvenciona entonces la de Jorge Juan y Antonio de Ulloa en la América ecuatorial. En 1754, Pedro Löfling, discípulo de Linneo, fue enviado por Fernando VI a una expedición al Orinoco dirigida por don José Iturriaga. Carlos III patrocinó las exploraciones de la América del Sur. Una, a cargo de Hipólito Ruiz y José Antonio Pavón iba destinada a los reinos de Perú y Chile. Otra, inspirada en las investigaciones botánicas de Celestino Mutis, fue enviada al Reino de Nueva Granada (Colombia). La de Martín Sessé a Nueva España en 1787, visitó gran parte del territorio de California, Guatemala, México y algunas islas del Atlántico. En 1789 el famoso navegante lombardo Alejandro Malaspina, subvencionado por Carlos IV, emprendió su vuelta alrededor del mundo, llevando consigo a los botánicos Nee, Pineda y Haenke, y en 1794 trajo de vuelta a España más de diez mil plantas. Su viaje prolongado, ya que invirtió en el más de seis años, es un antecedente del realizado por Darwin a bordo del Beagle. El recorrido comprendió las costas atlánticas de Sudamérica, las Islas Malvinas, Tierra de Fuego, navegación de la costa americana por el Pacífico y llegada a México. A los nombres de naturalistas asociados a las regiones americanas que hemos mencionado, hay que agregar desde finales del siglo XVIII y durante el siglo XIX los de famosos viajeros europeos: Humboldt, d'Orbigny, Hans Meyer, Bates y sobre todo Darwin.

Durante el siglo XIX, no se registra tanta actividad en España. Sobresale sobre todo Félix de Azara, enviado en los primeros años del siglo XIX para delimitar los límites del

territorio español en la frontera con el Brasil y cuyos importantes estudios de zoología discutían las enseñanzas de Buffon. Más tarde fue de relieve la Comisión Científica del Pacífico, una expedición de naturalistas que tuvo lugar de 1862 a 1865. Entre sus miembros estaban Martínez y Sáez, Jiménez de la Espada, Isern, y Almagro que realizaron “el gran viaje” por el Amazonas. Partieron de Guayaquil, y descendiendo por el Napo y el Amazonas, llegaron hasta Manaos y el Gran Pará. Entre las especulaciones que estos investigadores hicieron de su trayecto, la más específica y sistemática es la que Espada hace sobre la topografía y botánica de la región amazónica. Este estudio, que asombra por ser un temprano acercamiento al darwinismo, establece las condiciones que permiten la difusión y mezcla de las especies más variadas y formula la peculiar ecología de la zona (200 y ss).

La meta principal de las crónicas de viaje del siglo XIX era proporcionarle al lector una información exacta sobre lo que se había visto. Para lograrlo, los escritores utilizaban sus conocimientos, que, unidos a la observación directa de la realidad, permitían el entendimiento de los procesos del universo. Tal propósito marca las funciones principales del autor: el observar, para luego documentar, registrar, señalar. Era el momento de considerar al mundo como legible y penetrable, como texto concreto ante los ojos del viajero que iba encontrando marcas, trazas, huellas e impresiones que le permitían leer la formación y evolución de la tierra.

La fascinación decimonónica por la geología es evidente en las crónicas. La tierra atrae a los viajeros en razón de su propia constitución física, material. Por ello, muchos recorridos se presentan casi como una conquista geológica del suelo. Hace notar Almagro que el paso de la cordillera desde Mendoza en Argentina hasta Santa Rosa en Chile es delicioso e interesante:

Un artista o un hombre de ciencia encuentra gran interés en el viaje. El primero admira mil bellezas naturales, caprichosas y variadísimos paisajes sorprendentes por su sublimidad y panoramas espléndidos que la naturaleza ha formado en esas gigantescas montañas, el segundo puede estudiar la gradación de las rocas, los bellos pórfidos, granitos, basaltos, cuarzos, calizas, que según elevación y topografía soportan un aluvión,

donde la vegetación va minorando en razón de la altura . . . hasta desaparecer completamente. (33)

Almagro no es un caso único. Otros viajeros no cesan de admirar y detallar la constitución de la tierra que pisan. Sus materiales les fascinan y son anotados con todo detalle y en todas variaciones; desde el polvo hasta las rocas. Detalla Jiménez de la Espada el camino de Pelileo a Moya, todo de arena menuda, volcánica tufo, lava volcánica, con grandes trozos de fraquita... (94). Atraen a los viajeros las formas más bellas, los arabescos del ágata, el transparente lustre de la roca, las vetas coloridas del mármol, y se descubre en esos párrafos al explorador que siente bajo sus pies el terreno y al observador que lo contempla científicamente y estéticamente.

Interesan los cuerpos impenetrables de las rocas. Encarnan la solidez del mundo y su recalcitrante autonomía de la cultura humana. Ciertos viajeros aprecian sus formas escultóricas. Otros aventuran ideas sobre la antigüedad del terreno. Repercuten en estas reflexiones las polémicas entre neptunistas y vulcanistas que aun dominaban la geología y puede verse asimismo el impacto que esta ciencia hizo sobre la interpretación textual de las Escrituras.

Los viajeros se muestran intrigados por la compleja estructura de sus capas, por los relieves escultóricos logrados por agentes erosivos y hacen retroceder el paisaje a una antigüedad prehistórica, discutiendo el granito, que se remonta a una época que va más atrás que el Génesis, el basalto, rival de las rocas no metamórficas graníticas. Atrae a los cronistas la arquitectura irregular de las montañas que a veces parecen adoptar figuras concretas, fantásticas formaciones antropomórficas y zoomórficas que dominan el paisaje. Jiménez de la Espada comenta las montañas que marcan la entrada de la Bahía de Guanabara en Río de Janeiro:

la serie de cerros, cuyos perfiles unidos engendran el más caprichoso contorno, entre los extraños que presentan las masas de las formaciones graníticas. Es el de un cuerpo inmenso tendido sobre el mar con la cabeza hacia el sur, y los pies reunidos en un cono elevado (el Pan de azúcar), que limita por la izquierda la estrecha embocadura de la bahía; yergue sobre la espalda, y las bellas formas de su busto, elevada frente y nariz aguileña,

sorprenden al espectador menos experimentado. Le llaman aquí el Gigante, y los poetas brasileños han apostrofado más de una vez al titán americano en sus poesías. (48)

Los volcanes interesaban como dominio telúrico, amenazante y terrible. Varias expediciones tuvieron como propósito el estudio de esas formaciones tan discutidas. En los Andes:

La magnífica mole de hielo de Chimborazo, el estruendo y las llamas de Sangay, los torrentes de humo negro que arrojaba el soberbio Cotopaxi, los nevados del Tunguragua, Antisana, Caraguayrasu, Yliniza, Cayembe, etc., son maravillas de la naturaleza y sorprenden el ánimo, entusiasman el espíritu y demuestran que las creaciones del hombre son raquíticas, pigmeas y ridículas al lado de aquellas que por mil mecanismos sorprendentes produce la naturaleza, madre de todo lo bello y de todo lo sublime. (74)

La ascensión a la montaña o el volcán es un episodio que aparece a menudo en las crónicas, y se convirtió en verdadera metáfora de la conquista de la naturaleza. Las páginas que Espada dedica al Pichincha son dignas de pertenecer a una antología del género. La expedición partió del Quito el 9 de diciembre de 1863. Estaba formada por Martínez, Isern, Espada y su comitiva. El viaje empezó con malos auspicios por la condición pésima del camino y las cabalgaduras. Tuvieron que descender para hallar la vereda y se encontraron con Almagro y su criado que se les unieron. El 12 de diciembre completaron una penosa marcha primero entre pajonales y luego sobre fragmentos de pómez que cedían al pisarlos, ocasionando frecuentes caídas. A media tarde coronaban el Rucu Pichincha y quedaron contemplando el impresionante espectáculo. Salieron luego hacia el cráter y emprendieron el trayecto Martínez, Almagro y Espada, pero no Isern. Ello aconteció con tal desacierto, que a los pocos minutos no podían ni avanzar ni retroceder, pues la nieve ocultaba el camino. Martínez perdió su bastón y rodó por la pendiente hasta unos riscos en que logró asirse. De allí lo sacaron con una soga. En cuanto a Espada, a él le tocaron las mayores emociones. Provisto de su azadilla, comenzó a escalar peldaños hasta llegar al fondo mismo del cráter donde quedó

perdido. Sus compañeros lo buscaron hasta el cansancio, llamándolo a gritos. Volvieron a buscarlo al día siguiente y durante varios días más. Estuvo perdido desde el 13 hasta el 16, cuando por fin encontraron unos indios, sumamente débil. Explica el viajero que al encontrarse en el fondo del cráter, había sacado su cuaderno de apuntes y empezó a tomar notas olvidándose de todo. Una hora después se encontró sumido en una densísima niebla, y después una lluvia torrencial, seguida de una copiosa nevada borró toda huella capaz de orientarlo. Tenía por todo alimento un pan y un cuarto de gallina, y en previsión de que se alargara su cautiverio, comió muy poco. Por fin logró salir del fondo, recorriendo bosques y quebradas. Los días 14 y 15 continuó perdido, pero seguía tomando notas, pensando que si no salía vivo, al menos se encontrasen las notas al lado de su cadáver. Por fin fue hallado por sus compañeros (Espada 134).

Sin duda alguna, la obra maestra de la naturaleza fue para los viajeros del siglo XIX la selva tropical. Era la metáfora que corroboraba la idea de un universo primitivo pleno de poder y la creencia científica de que la sustancia orgánica estaba animada de vida. La naturaleza revelaba allí su fantástica exuberancia. El paisaje fascinó a los viajeros también desde un punto de vista estético, y a menudo adoptan tonos líricos al describirlo. Espada admira la región amazónica. Hay que verla para poder concebir tal belleza, nos dice, pues inconcebible es para quien no la ve la cantidad de árboles tan diferentes por su tamaño y naturaleza de sus ramas, corteza y flores. El cielo queda cubierto por la inextricable trabazón del follaje, y el camino impedido por helechos y raíces. Hay flores bellísimas y perfumadas y plantas tan salvajes que sólo los animales pueden acercarse a ellas. Troncos cubiertos de espinas o hierbas y aquellos por los que trepan vistosas parásitas.

Lo que más admira es la increíble fertilidad de una naturaleza ocupada constantemente en producir más y más formas de vida. La luz, la humedad y el calor son origen en estos climas de esa exuberante y, al parecer, ilimitada generación de incontables especies. Algunos hacen observaciones científicas importantes, y entre ellas, la más notable es la de Jiménez de la Espada sobre la ecología de la región amazónica, desde las frías regiones andinas, hasta las ardientes playas del Brasil, estableciendo las condiciones que permiten la difusión y la mezcla de las especies más variadas y peregrinas de la opulenta flora del Nuevo Mundo.

En estos viajes, el estudio y recolección de plantas era primordial. Para algunas expediciones tal era el objetivo. Por ejemplo, el viaje de Francisco José de Caldas desde Quito a las costas del Océano Pacífico, cuyos motivos eran “colectar plantas preciosas, nuevas y tal vez útiles al comercio o a la medicina. Las quinas eran de especial interés.” Pero ese interés desborda el científico, y no dejan de admirar estéticamente la desconocida flora.

Interesa la forma literaria que adoptan las descripciones de plantas, donde se nota el deseo de clasificación muy precisa. Los cronistas acuden a menudo a los nombres científicos y otras veces a los nombres nativos de las plantas. Ello indica que se trata de otra naturaleza, no identificable con la europea. También, a veces, para describir plantas desconocidas, usan términos comparativos que pretenden dar una idea de las afinidades y diferencias con la flora europea. Su preocupación por el detalle logra muchas veces notaciones de primerísimo calidad. Perpiñá en la manigua cubana reconcilia el detalle y el efecto del conjunto, promovido por ella creciente comprensión del fenómeno de la evolución: “Ante aquellos árboles, monstruosos, ¡Gigantes nacidos en las primeras edades del mundo! Entre aquellos troncos lisos o cubiertos de oscuro musgo, se veían millares de plantas parásitas o bejucos de toda especie.” Allí se “ostentan las apasionarios lauvifoliadas, cordiformes y azules, las bignonias..., las bromelias (especie de maguey o pita pequeña), las aristoloquias (flor de pato). . . . Las flores del aguinaldo, del curujey y la guajaca, destacando sus ricos colores sobre el fondo oscuro del follaje” (43). Se puede ver que el cronista está fascinado por la diversidad de las plantas y el pasaje ejemplifica una de las formas específicas de la descripción botánica: la enumeración de las diversas especies. Implica el equilibrio de tantas y tan variadas formas de vida y es esa variedad lo que proporciona tanto el interés científico como la belleza al paisaje.

La fauna es también objeto de gran atención subrayándose lo peregrino de esos animales. Hay abundancia de reptiles: el caimán o yacaré, el cocodrilo, la iguana, el lacertídeo, ya solo, ya junto al gecotídeo, el primero corre con ligereza, el segundo se aleja dando saltos. También se da amplio espacio a los ofidios y a otros habitantes de los bosques. Es en este siglo cuando se replantea el problema sobre “la debilidad de América” cuya primera formulación científica corresponde a Buffon. Este sostenía que el

nuevo continente era inferior o inmaduro al comparársele con el mundo antiguo, y que en él la vida animal sufría una degeneración o detención del desarrollo. Pues ¿no era la llama, diminutivo del camello, el marimono del chimpancé, la sariga del canguro, el tapir del hipopótamo, el caimán del cocodrilo, el jaguar del tigre y el puma del león? Los cronistas se convirtieron en defensores de América, y a la luz de esta polémica hay que considerar la figura de Félix de Azara. En su libro *Viajes por la América meridional*, que contiene la descripción del Paraguay y la región del Río de la Plata, da especial atención a la descripción y clasificación de los animales rebatiendo a Buffon. Este viajero enriqueció el número de especies conocidas, y algunas le fueron dedicadas, como el aguariche (*Canis Azarae*) y el micuré (*Didelphi Azarae*). La obra de Azara sobre las aves es igualmente fecunda en descubrimientos. Entre 448 especies que describe hay 200 nuevas de las que ningún naturalista había hablado. Este viajero está ahora un poco olvidado y llenó en su tiempo una importante parcela en la actualidad científica. Sus obras tuvieron una acogida triunfal en Europa, a través de anotadores y traductores, el propio Cuvier entre estos últimos. Su nombre tal vez dice poco a quienes hablan de la gloria de Darwin, pero si se lee el *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*, del gran científico inglés, se encuentra el nombre de Azara registrado varias veces en sus páginas.

Se pueden señalar rasgos estilísticos comunes. Es característico el deseo de originalidad. El viajero hace descubrimientos y agranda horizontes. Descubre cosas a medida que las va encontrando. La época participa ciertas características a las crónicas, cuyo lenguaje debe evitar lo convencional y ser usado más allá de la imitación. El viajero está consciente de que su método se basa en la ciencia empírica. su empresa como la del científico está predicada en la creencia de que puede descubrir un mundo tangible y aprehensible por la experiencia exuberante en sus detalles, que deben ser estudiados, analizados, reconsiderados. Estos libros, nutridos por las ciencias que se desarrollan en el siglo XIX, funcionan como vehículos de información el viajero, observador agudo, conoce de primera mano el asunto del que habla y está comprometido a través de la descripción a verificar y calificar la información. De ello proviene un lenguaje directo, apropiado para reportar un vasto repertorio de fenómenos, y particularidades geográficas. Se registran plantas, animales, lugares, lográndose una mezcla de narrativa y análisis. Usan abundantemente la enumeración como instrumento narrativo, lo cual

les permite expresar la plenitud del mundo exterior. Su base es la yuxtaposición de bloques verbales que producen el efecto de cantidad y variedad de objetos y seres con profusión de detalles.

A menudo los viajeros aseguran a sus lectores que sus notas están tomadas sobre la marcha. No se trata de espectadores pasivos; herborizan, recogen especímenes, miden, estudian. No se limitan a referir lo visto, sino que indican que el tronco de un árbol tiene un diámetro de tantos metros. Espada informa que la cumbre de la montaña que ha escalado mide tanto, que tal fruta sabe a tal o cual cosa. Las experiencias se narran en primera persona, “yo lo saqué,” “lo tomé,” “lo medí.” El texto del viajero insiste en la verosimilitud, pero muchas veces el material presentado puede ser absolutamente nuevo y por ello difícil de verificar. Para encarnar la probable incredulidad del lector, el narrador crea un clima de autenticidad para basar sus informaciones. Puede hacerlo por medio de la mención a autoridades científicas que de alguna manera se relacionan con la empresa o a los viajeros anteriores por esas mismas regiones. Otra de las formas de afirmar la naturaleza verídica de la narración es acudir a minuciosas listas de detalles técnicos que crean el aura de la experiencia: fechas, coordenadas geográficas, provisiones y equipo. A ello se agregan términos técnicos, nombres científicos, idioma náutico, etc. pero sobre todo, la empresa del viaje descansa en la premisa de que cada cosa debe buscarse en su lugar y no en libros, que debe hacerse y obtener la información empíricamente. Generalmente estas narraciones se escriben en primera persona, con lo cual el lector ve ese mundo a través de los ojos del viajero, y lo interpretará como él.

Sin embargo, a pesar de que estos viajeros consiguen ser científicos y exactos, muchas veces la extrañeza de lo contemplado les hace pasar de la ciencia al mito, y así asoma a veces una geografía mágica que colabora a traducir la experiencia del viaje. El escenario que es tan diferente de España colabora para ello. Lo exótico, lo pintoresco, lo raro, lo extraño es lo que más llama la atención, y los recursos expresivos de los cronistas: enumeraciones, notas al margen del texto, glosarios, voces extranjeras, son apreciados por su valor de documentación celosamente perseguida, pero además, aportan a la crónica el poder de trasmutación de la realidad cotidiana, logrando una escritura que oscila entre la sugestión y la redacción de un documento.

El mundo se convierte así en escenario preñado de maravillas. Según Roland Barthes, el mito no niega las cosas, sino por el contrario, tiene como función hablar de ellas. Simplemente, lo que hace es purificarlas, hacerlas inocentes, fijarlas en su naturaleza y eternidad. En esa forma, el mito es para nuestros escritores una forma de conjugar la experiencia propia, con un número de situaciones análogas a través del tiempo. Y de todos esos mitos, el que más perduró en las crónicas del siglo pasado, fue el de la búsqueda del paraíso perdido que se creyó encontrar nuevamente en los trópicos. Fue la naturaleza de estos parajes lo que deslumbró a los modernos, tal como impresionó a Cristóbal Colón, para quien la creencia de la proximidad del paraíso no era sólo sugerencia metafórica, sino idea fija, y habla de estos lugares como “de otro mundo.”

El acento, como en las crónicas antiguas, se pone siempre en la eterna verdura del paisaje. Tur, un miembro de la Sociedad Geográfica de Madrid, a su llegada a Río de Janeiro, insiste en que “nunca había imaginado una naturaleza semejante,” nada igual a “este paraíso, rodeado de todos lados de montañas y sierras coronadas de verdura.” Almagro a su entrada a Bahía admira un panorama “siempre verde, celestial que parecía salir del mar.” Es el verde inmutable que a lo largo de los siglos impresionó tanto al europeo. Corresponde al sueño paradisiaco de la eterna primavera y aparece desde temprano en las interpretaciones alegóricas como la célebre introducción de Gonzalo de Berceo a *Los milagros de Nuestra Señora*, con una naturaleza que: “Siempre estava verde en su entegredad. / Non perdie la verdura por nulla tempestate.”

Admiran igualmente los cronistas la inmensa variedad de la vegetación. Reporta Bayo desde el Mamoré: “es tanta la variedad de árboles en el corazón de América, que a cada lugar corresponden tres o más especies nuevas, que a simple vista se distinguen perfectamente de las que se vieron atrás.” El ha visto e identificado la Marayahú, de unos cuantos metros de altura, tronco espinoso y racimos de cocos oblongos y pequeños como bellotas. Su nombre es guaraní y significa bastón de cedro, de donde le viene el nombre botánico *bactros* o bastón. La Garronuda, llamada *vinte-pés* por los brasileños, a causa de la extraña configuración de sus raíces que se levantan del suelo a la altura de tres varas separadas unas de otras, para volver a juntarse y sostener en trípodes un tronco liso y empinado. La Asahi (*Euterpe rdalis*), una de las palmeras más hermosas, que al revés que las otras tiene las hojas hendidas como pluma de ave, y la Mocote

(*Maximiliana princeps*), de largas y anchas hojas que van creciendo como cardos de pita, envolviendo al tronco.

La base científica de estas enumeraciones no se ve sólo en el deseo clasificativo; fantasía y ciencia se entrelazan y confunden, pues Darwin mismo en su *Voyage of the Beagle*, fue la base para una nueva comprensión de la naturaleza. De Darwin se recogió el sentimiento de que el genio de la naturaleza era justamente su capacidad para crear variedad, y de él también, que el más simple principio biológico era el de la proliferación.

Llaman la atención las menciones a la flora del abuelo celestial: la pasionaria, flor de la pasión con todas las señales que la providencia del Creador pintó. La cortadera, (*Cortaderia selloana*), llamada también pluma de Santa Teresa, de grandes tallos terminados en plumeros como delicados hilos de plata. La espina de Jerusalén, que da una legumbre delgada, la tuya gigante o árbol de la vida, la estrella de navidad o ponsetia o *Euphorbia pulcherrima*, arbolillo mexicano de la familia de los euforbiáceas, que se adorna con unas llamativas bracteadas rojas en pleno invierno, las *strelitzia*, o aves del paraíso, llamadas así porque la fecundación de sus flores es ayunada por ciertos pájaros que, seducidos quizás, por esas provocativas “aves” vegetales multicolores, trasladan el polen desde los órganos masculinos a los femeninos, el *hibiscus mutabilis* o árbol de la vida, que debe su nombre a que sus grandes flores son mutables, es decir, que cambian de color a lo largo del día, pues cuando se abren son blancas, luego se vuelven rosas y acaban siendo rojas o incluso amarillentas cuando se van marchitando. La *monstera deliciosa* o costilla de Adán, monstera significa monstruosa y esa palabra alude a la extraña forma de sus hojas. El nombre específico de la planta, deliciosa, se refiere al buen sabor de su fruto. Hay además plantas que nos dan ejemplos: la sensitiva, que testimonia el amor y la inteligencia de los símbolos de la naturaleza, tan modesta que se cierra apenas son tocadas sus hojitas, el guayaboschi, que no tiene hojas, pero está cubierto de hermosas flores amarillas, de suerte que al caer éstas queda el árbol en la mayor fealdad. “Magnífico ejemplo para la fábula del tonto rico,” comenta el viajero. Y aquellas flores que son de una belleza que no puede calificarse más que de sobrenatural: el majestuoso magnolio, con sus fragantes flores erguidas y blancas, la jacaranda mimosidolia o jacarandá o tarco o abuey o guarupa, que todos esos nombres recibe en los

diferentes países ese elegantísimo árbol, sin duda uno de los más bellos que existen, pues a la armonía y finura de su follaje y a su agradable sombra se une el encanto de ese tono azul-violáceo de su abundantísima floración primaveral y otoñal. La buganvilea brasileña, una de las más espectaculares y llamativas plantas trepadoras, que debe su enrevesado nombre al hecho de haber descubierta en el siglo XVIII por la expedición del francés Bougainville, en una escala en Río de Janeiro, la *russelia equisetiformis*, cuyas rojas flores colgantes han inspirado el nombre popular, digno de un bolero, de lágrimas de amor.

A cada paso se encuentran prodigios de una naturaleza singular y portentosa. Aquí está el hule, sacado del magasy, Azara lo ha visto emplear en pelotas que usan los niños para jugar y para alumbrarse de noche en los desiertos. Las plantas acuáticas de los afluentes del Amazonas, verdaderos discos flotantes de color verde de tanta resistencia que aguantan perfectamente el peso de una garza posada en ellos, y la flor, compuesta de más de 10.000 pétalos, escalonados por tamaño y en colores alternados de puro blanco rojo y a veces naranja. La Victoria Regia, una especie que está sujeta al extraño fenómeno del sueño de las plantas. A medida que el sol baja, la flor va recogiendo sus pétalos, se apimpolla y empieza a sumergirse lentamente merced al pedúnculo, que es elástico, de tal manera que con la luz del nuevo día vuelve a alargarse lo suficiente para subir a flote la cerrada flor.

Y cuántas plantas beneficiosas para el hombre: polvos rojos de Bahía, del árbol araboba, contra las herpes, almendras de camarú o “habas trucas” para perfumar el tabaco y la ropa, bálsamo de estoraque y de butúa, resina de ochó o teocote, eficaz vomitivo, el quillay, con su corteza rica en saponina, el guaripurú, gran vulnerario, las hojas del Turusani, usadas por los indios del Amazonas para teñir sus trajes de color morado, las del gualliusa del Macar amazónico para preparar té, la corteza del curapaí para preparar canoas, el árbol de los deleites o ayahuasca, cuya corteza reducida a raspaduras se prepara en brebaje para sueños voluptuosos el almizelli ecuatoriano, que combate afecciones cardíacas, el árbol de la quina, que cura fiebres, heridas, mordeduras, y maderas preciosas innumerables: laurel, caoba, palo de rosa.

En ese paraíso vegetal abundan los árboles frutales, el níspero, el mamey, el zapote, los mangos, el plátano, el caimito, el ciruelo cimarrón, el aguacate. Uno en particular llama la atención de Ciro bayo; es un árbol maldito, que para más propiedad es una especie de manzano (*hippomane mancinell*): “Es verde y frondoso, y produce unas manzanas agradables a la vista pero son ponzoñosas, así como las emanaciones del árbol, acres y venenosas. Se le reconoce enseguida, porque en todo lo que da sombra no crece hierba ni gramal y en que los pájaros huyen de él.” En cambio, afirma el viajero, “es el árbol preferido de las serpientes, que se muestran muy golosas de los frutos,” según él mismo pudo comprobar al ver una boa enroscada al tronco engullendo manzanas. “Cuando la descubrimos tenía una de éstas en la boca y nos miraba, como si nos brindara con ella no pudimos menos de recordar los grabados en que se representa la serpiente tentadora de Eva.”

No falta en esas descripciones el ave canora, y si no se alude al ruiseñor, atributo fijo de las primaveras celestiales, sí existen otras extrañas y pintadas aves, también de abolengo legendario. Las blancas garzas del río Guayas, entre ninfeas cubiertas de flores azules, un loro, descrito por Rusiñol, “diferente de los que se ven en Europa, verde, verdísimo.” Aparece también el papagayo, “los de cabeza escarlata y cuerpo y alas de un vivo azul.” Su nombre indígena es arara, aumentativo de ara, oro en guaraní (Bayo). Recordemos que el ave se inscribe desde temprano en el escenario edénico. Álvarez del Cabral alude al Brasil ya en 1501 como “*Terra degli papagaye*” y se sabe el aprecio que se daba a estas aves, que no sólo tenían enorme hermosura por su plumaje, sino que eran capaces de imitar a la voz humana, detalle que les proporciona aureola mística. Se encuentran nombrados en viejos libros de devoción, y por ejemplo en el vergel descrito por Fray Diego de Valencia (uno de los poetas del *Canciones de Baena*).

Otra de las aves que continuó deslumbrando a los cronistas es el colibrí, con tantos otros nombres metafóricos (Bayo), picaflor, porque se le ve siempre chupando el néctar de las flores sin ajarlas y apenas tocarlas, tomitejo, por su extrema pequeñez, tente en el aire por su constante movilidad y por fin, el nombre que denota su esencia sobrenatural, pájaro resucitado, por creer los indios que muere en el invierno y resucita en el verano. Hay además menciones a incontables seres alados, terrestres, fluviales y marinos, el

hindi real, el pájaro carnero, el camiquí, los tucanes de tornasoladas plumas, los septicocolores, el gallo rojo, la golondrina blanca.

Las aguas están igualmente pobladas. En la bahía de Camagüey, “caimanes y peces; chernas, pargos, las rosadas biajaibas, los barbudos, los plateadas coginuas y careyes de linda concha” (Perpiñá 92). Hay sapos y ranas de todos tamaños y colores y un enorme catálogo de insectos: arañas enormes, hormigas blancas, abejas negras del Brasil, los insectos del aroma que acuden a los lugares durante la noche saturando el ambiente de fragancias exquisitas. Los cocullos, o insectos de la luz, y una increíble variedad de mariposas, blancas o amarillas, que en algunas partes cubren la tierra como capa de nieve; otras son negras con brillantes manchas rosadas, rayas azules o verdes, y la más bella, la más célebre atlas, con grandes alas negras al exterior y azul en el interior.

También se mencionan otros animales asombrosos, el puma, tomado por los indios como una reencarnación benéfica, motivo por el cual ponen a su alcance perros y corderos muertos para que se los coma. El Chajea, o Tapacaré, ave tan corpulenta como el pavo, y tan vigilante que es el centinela de los parajes que habita. Rivaliza en castidad y fidelidad conyugal con la legendaria tórtola, por eso también se llama ave del amor. Si el cazador mata a uno de la pareja, el sobreviviente se dejará morir de tristeza en el sitio donde cayó la víctima.

A menudo se menciona las riquezas de ese paraíso terrenal, pues es admisible que la naturaleza pródiga produzca también grandes riquezas. Así los cronistas del XIX recogieron las leyendas del Pataití, las de sierras de plata y oro y los ríos cuajados de piedras preciosas. Félix de Azara detalla minuciosamente minas de plata, minas de oro, y piedras preciosas en la cadena de montañas de Santa Ana y San Fernando (Azara 64). Y esta identificación es constante, pues la abundancia de minerales apunta a la creencia alquímica que afirma que la tierra es la madre de las piedras preciosas, la veta donde el cristal madura hasta volverse diamante y paradisíaca la región, porque el mineral opone su eternidad a la fragilidad humana.

En resume, se trata de un discurso utópico localizado en una verdadera topografía, vista y experimentada personalmente. Sirve entonces ésta como *terra cognita*, donde el viajero llega, a precio de riesgos, y encuentra la plenitud del alma. Podemos cerrar estas

observaciones con un pasaje del diario de Jiménez de la Espada ante la bahía de Río de Janeiro. Contempla desde el Corcovado la variedad y belleza de las plantas, imágenes de verdura, fertilidad ubérrima, riqueza y belleza. Describe orquídeas y flores caprichosas. No falta allí la alusión al arroyo cristalino que “corre a torrentes por las faldas del Corcovado, resbalando sobre las pulidas lajas de granito” ni tampoco aves canoras, “en aquellas florestas . . . resonaban los cantos de tantos pájaros.” Contempla sin testigos a la caída del sol una grandeza superior a cuantas le habían conmovido hasta entonces y se pregunta:

¿Habr  acaso algún hombre en el mundo que después de haber contemplado ese espectáculo llame a la tierra Valle de Lágrimas? He aquí el mar inmenso, profundo como el corazón humano, he aquí reposando tranquilo sin mover apenas su superficie de un azul celeste. He aquí a la tierra más fecunda derramando flores y frutos, abriendo su seno para dejar correr los ríos que la fecundan . . . siempre risueña, siempre buena. El sol la llena con sus rayos de oro, y la vida se derrama sobre ella con su luz. (156)

Obras citadas

Almagro, Manuel. *Breve descripción de los viajes hechos a América por la Comisión Científica enviada por el gobierno de S.M.C. durante los años 1862 a 1866*. Madrid, 1866. Citamos de la ed. De Lily Litvak, bajo el título de *La Comisión científica del Pacífico. Viaje por Sudamérica y recorrido del Amazonas 1862-1866*, Barcelona; 1984.

Azara, Félix. *Viajes por la América Meridional*. Paris; 1808. Madrid; 1869.

Bayo, Ciro. *Las grandes cacerías americanas. Del lago Titicaca al Río Madera*. Madrid; 1913.

Caldas, Francisco José de. *Expedición Botánica de José Celestino Mutis al Nuevo Reino de Granada y memorias inéditas de Fco. José de Caldas; por Diego Mendoza*. Madrid; 1909

Darwin, Charles. *The Voyage of the Beagle*. Ed. Leonard Engel, Garden City, NJ; 1913.

Jiménez de la Espada, Marcos. *Diario de la Expedición al Pacífico llevada a cabo por una comisión de naturalistas españoles durante los años 1862-1865. Escrita por D. Marcos Jiménez de la Espada, miembro que fue de la misma*. Ed. P. Agustín Jesús Barriero, agustino, Madrid; 1928.

Perpiñá, Antonio P. *El Camagüey, Viajes pintorescos por el interior de Cuba y por sus costas*. Barcelona; 1889.

Tur. "Impresiones de un viaje." *El Viajero Ilustrado III*. No. 16, 30 agosto, 1880.

How to cite this article according to the *MLA Handbook for Writers of Research Papers* (7th edition):

Litvak, Lily. "Visita al paraíso: ciencia y mito en las crónicas de viajeros españoles a América en el siglo XIX." *Dactylus* 12 (1993): n. pag. Web. Day Month Year.